

jugando contra él las dos referidas lanzas, usó de otra más peligrosa y más fuerte, como dice S. Buenaventura, que fué encender un ardiente fuego, no material sino de concupiscencia y lascivia en el corazón de una criada de su casa, la cual abrasada en este incendio infernal, como la mujer de Putifar del castísimo José, no cesaba de día ni de noche de solicitarle y provocarle con obras y con palabras: ¡Dura lid en tan ferviente edad! ¡Prolija y peligrosa batalla con el enemigo dentro de las puertas de su casa! Pero así fué mayor la victoria y el auxilio del Señor, porque el casto mancebo, como otro segundo José, le afeó sus depravados intentos, y amenazándole con el castigo divino, la movió al temor de Dios, con que refrenó su osadía y alcanzó glorioso triunfo de tan terrible enemigo, armado de la gracia de Dios.

Y no quedó sin premio esta victoria; porque, hallándose con su buena abuela en una quinta fuera de Lóndres y refiriéndole los lances que le habían pasado en las batallas que había tenido así en defensa de la fe como de la castidad, le dijo alumbrada con el espíritu de Dios: «Confiad, hijo, en la divina bondad y no os acobarden las guerras del enemigo, porque Dios que os ha escogido para columna de su Iglesia y salvación de muchos, os asistirá con su gracia y os sacará victorioso de todos sus combates: llegareis á ser Sacerdote, y religioso y predicador de su palabra, y traeréis muchos al conocimiento de su fe.» Palabras que siempre tuvo impresas en su corazón, y le dieron igual aliento y confianza en las lides y trabajos que en el discurso de su vida padeció.

## II

*Sale de Londres para Viana, pasa al Brasil y es recibido en la Compañía.*

Con altísima providencia pone Dios acíbar en las delicias del mundo á sus escogidos, para destetarlos fácilmente de la leche de sus gustos y darles la espiritual de sus consuelos y favores celestiales, como se vió en nuestro Juan de Almeida, á quien puso en las delicias de su casa y regalo de su padre, que le amaba como á hijo, el acíbar amargo del odio de su madrastra y los malos tratamientos de obra y de palabra que continuamente recibía, que era una hiel derramada en cuanto quería y hacía, trayéndole tan apurado, que no pensaba en otra cosa sino en qué medio podría tener para salir de aquella penosa galera, en que padecía mayor tormento que si remara en las que surcan los mares, entregado á un riguroso cómitre que le atormentase toda la noche y el día.

Acosado, pues, de esta melancolía, hallándose solo en casa de su padre, un

día entró por la puerta un hombre al parecer extranjero, á quien no conocía, que sin duda fué enviado de Dios, como lo declaró el suceso, y fijando en Juan los ojos, le dijo: *Vente conmigo*. Palabra fué que penetró su corazón, y como le halló tan descarnado de la casa de su padre, sin esperar á más deliberación, se levantó luego, como lo hizo S. Mateo al llamamiento de Cristo, y le siguió dejando cuanto tenía y podía esperar de su padre y parientes.

Caminó en seguimiento de quien le llamó, que era un portugués honrado y católico, por cuya boca le llamó Dios, para sacarle de la espinosa selva de vicios y herejías de su patria, y trasplantarle en el jardín ameno de la Iglesia católica. Llevóle al puerto, embarcóle consigo, y en breves días llegaron con próspero viento á la villa de Viana, teniendo nuestro peregrino tasadamente diez y siete años.

Aquí tuvo la dicha de entrar en una honrada casa de un noble caballero que se llamaba Bento ó Benito de Roca, tan rico de los bienes espirituales como de los temporales, porque era ejemplar cristiano, muy piadoso y limosnero, y dado á cosas de devoción, y, como el mismo padre dice en sus apuntes, toda su casa y familia era como una concertada y observante religión, porque, como enseña el Espíritu Santo, cual es el señor que rige, tales son los criados que le sirven.

Aquí desplegó nuestro peregrino las velas á su devoción y dió suave pasto á sus deseos, visitando las iglesias, asistiendo al culto divino, sirviendo á las Misas, y oyendo los sermones, y frecuentando los Santos Sacramentos cada ocho días, dando á Dios infinitas gracias por haberle sacado del confuso caos de Inglaterra, oscurecida con tan densas tinieblas de errores y vicios. Y gozando de la quietud que Dios le daba, aprendió á leer, y escribir, y cantar, y algunos principios de latín.

Vivía en la misma casa una señora viuda de gran devoción y piedad, la cual, sabiendo lo que Juan había padecido en Lóndres por la fe, se le aficionó grandemente y le ayudó mucho para todo; llevábale con sus hijos á la iglesia catedral, enseñábale sus devociones, hacíale visitar los altares, y rezar á cada Santo particulares oraciones pidiéndoles su favor, y en particular le industrió en la devoción de la Santísima Virgen María, la cual se le imprimió en el corazón de manera que le duró toda la vida con admirable ternura, que sentía siempre que la oía nombrar ó se acordaba de ella, y todos los sábados iba con toda su familia á una ermita de su nombre, y gastaban todo el día en rezar, y orar, y meditar sus misterios, y adornar su altar y adorar su capilla.

Una cosa le sucedió aquí que refiere en sus apuntes por particular merced de Dios y de su santísima Madre, y fué que, subiendo á una higuera



alta, dió una tan grande caída, que quedó sin sentido y le trujeron como muerto á su casa con no pequeño dolor de los que le criaban y le amaban como á hijo: encomendándole muy de corazón á la Reina de los ángeles su devota, luego volvió en sus sentidos y se levantó bueno y sano, favor que siempre agradeció como recibido de mano de la santísima Virgen, á quien siempre tuvo por Madre y por amparo, y á quien sirvió como verdadero hijo.

En este medio tiempo se le ofreció hacer viaje al Brasil al dueño de la casa, y con el amor que habia cobrado á nuestro Juan y la satisfaccion que tenia de su virtud, le pidió que le acompañase, y él, como agradecido, le obedeció con mucho gusto; pero no le faltó en este viaje en qué ejercitar la paciencia y la confianza en Dios, así en los riesgos de la mar y trabajos de la navegacion, como en un fracaso que tuvo, en que dió consigo en la mar, y si Dios no le socorriera por medio de los oficiales del navío, quedara sepultado en el abismo de las aguas de donde le sacaron con presteza; y reconocido de esta merced á Dios, la escribió en el catálogo de las muchas que de su mano habia recibido, para darle siempre gracias por ella; con que ántes de llegar á los veinte años le sacó Dios de tres manifiestos riesgos de la vida: del fuego, cuando le quiso quemar vivo su madrastra; del agua, cuando cayó en la mar, y de la tierra, cuando cayó de la higuera, guardándole para apóstol suyo en la América, adonde le llevaba.

Pasados los trabajos de la navegacion del océano, llegaron al Brasil, desembarcaron en Pernambuco, adonde fueron hospedados de un portugués noble y rico, que en pocos días reconoció las prendas de su huésped, y viéndole tan bien inclinado, se le aficionó mucho, porque la virtud es iman de las voluntades, y los buenos son amados de Dios y de los hombres. Hízole muy buen pasaje y dióle á escoger la ocupacion que quisiese, y nuestro buen Juan, guiado de Dios, escogió la del estudio.

Vistióse de largo y vino á nuestras escuelas; cursó en el colegio de la Compañía, dando á todos grande ejemplo de virtud; aprovechó bien en las letras con su feliz ingenio, y mucho más en la santidad con el trato familiar de los de la Compañía, á los cuales se aficionó de manera que determinó de abrazar nuestro instituto y consagrarse á Dios en nuestra religion para servirle todos los dias de su vida.

Pero el demonio, que en todas partes le hacia abiertamente guerra, restó todas sus fuerzas para impedirle su intento, y lo primero publicó de él que era hereje calvinista, criado en las herejías y errores de Inglaterra, hijo de madre hereje y que lo habia mamado en la leche y otras falsedades como éstas, las cuales detuvieron á los Superiores de la Compañía para no recibirle, hasta enterarse bien de la verdad de estas calumnias.

Un año pasó nuestro pretendiente en ésta su pretension, que fué el más trabajoso de su vida; porque el demonio, usando de sus infernales artes, le combatia de dia y de noche con pensamientos obscenos y representaciones lascivas en que parecia que se abrasaba, aunque procuraba resistirlas. Acometiale tambien con desordenadas codicias de hacienda y honra que podia alcanzar en el siglo; combatia su constante ánimo con malos consejos de amigos, que suelen ser los más peligrosos, para apartarle de su intento, pero no le vencia; porque el nuevo soldado del Señor oraba y gemia, clamaba á Dios y á los Santos que viniesen en su ayuda, y rabioso el demonio por verse vencido de él, una vez acometió á despeñarle en un rio, y otra, tomando forma de indio feroz y denodado, vino contra él para descargar un gran golpe en su cabeza con un palo grueso que traia en las manos, y el buen manco invocó con presteza á Jesus y á María en su favor, y el demonio huyó dejándole, aunque temeroso, libre de su tiranía.

Estas batallas padeció un año entero, y Dios premió sus victorias dándole el logro de sus deseos; porque el Provincial, enterado de la verdad y de que lo que le oponian eran calumnias y falsedades inventadas por Satanás para impedir sus intentos, le recibió en la Compañía, despues de haber estado cuatro años en Pernambuco y vivido con admirable ejemplo, porque sin duda es una de las maravillas que cuenta el Sabio, un mozo en la flor de su juventud, en medio del fuego de tantas ocasiones, no quemarse ni tiznarse con el humo de ellas, ántes salir más cándido y puro y con nuevos resplandores de fineza, que fué, como dice Filon, la maravilla de la zarza de Moisés que, embestida por todas partes de llamas, estuvo tan léjos de quemarse ó marchitarse, que ántes, como si fueran agua de pié que la regaba, más reflorece y más bella se mostraba; así le sucedió en las ocasiones al nuevo soldado de Cristo, en las cuales ostentó más su virtud y floreció más en santidad, hasta dedicarse todo á Dios en la Compañía de Jesus, adonde vivió ejemplarísimamente como ahora veremos.

### III

#### *De su noviciado y progreso en la religion.*

Luego que le dió el sí el Provincial, le envió al noviciado que estaba leguas de Pernambuco, en la ciudad de la Bahía, adonde llegó á primero de noviembre, dia de todos los Santos, de mil y quinientos y noventa y dos, en que le dieron la ropa y fué alistado en la milicia de la Compañía de Jesus con tan grande gozo de su alma, que se le oyó decir muchas veces que fué